

Las niñas del naranjel

Gabriela Cabezón Cámara

reseñado por

Gisela Salas Carrillo

Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas – UPC

Gabriela Cabezón Cámara. *Las niñas del naranjel*. Lima: Random House, 2024. 254 pp. ISBN 978-612-5080-30-1

Las niñas del naranjel (2023) es el tercer libro de la narradora argentina Gabriela Cabezón Cámara (1968), quien, además, es autora de otras dos novelas—*La Virgen Cabeza* (2009) y *Las aventuras de la China Iron* (2017)—y dos *nouvelles*, *Le viste la cara a Dios* (2011) y *Romance de la negra rubia* (2014). De uno a otro, sus recursos expresivos y de construcción son más elaborados; sin embargo, en el contexto de esa evolución, la cronología en sus novelas va hacia atrás: en la primera, el encuentro entre Qüity y Cleopatra ocurre en la villa miseria El Poso en el conurbano bonaerense actual; en la segunda, la China, Elizabeth y el gaucho Rosario atraviesan la pampa argentina en tiempos de Martín Fierro; y, en el último, Antonio de Erauso, la monja alférez, rescata a dos infantes guaraníes, Mitákuña y Michĩ, y se refugian en la selva de Misiones durante la Colonia. En esta relación, es evidente, también, que sus personajes se han ido adentrando cada vez más en el interior de la Argentina y de su Historia. No obstante, su atención y su reflexión capturan un asunto muy actual.

En la obra de Cabezón, siempre hay más de una voz. En *Las niñas del naranjel*, hay dos relatos, a saber, el de Antonio y el de un narrador en tercera persona. El primero le escribe una carta a su tía, la priora del convento Santa María de Donostia, en la que le cuenta sus idas y venidas durante las tres décadas transcurridas desde que se fugó a sus quince años cuando todavía era la novicia Catalina hasta el momento en el que ocurren los hechos de este libro. En cambio, el narrador omnisciente contextualiza la epístola: resignado a morir en vísperas de su ejecución por el único crimen que no ha cometido, Antonio escucha a unos niños indígenas cantar la historia de un milagro concedido por la Virgen a un ciego que le dio unas naranjas para su niño. Para él, es una experiencia reveladora que lo conecta con la vida a su alrededor y con la suya justo cuando está a punto de perderla. Por eso, poco después, cuando el capitán Ignacio lo saca de prisión para

nombrarlo su asistente, la certeza del milagro lo lleva a prometerle a la Virgen que escribirá una carta y, cuando descubre a las dos indiecitas cautivas, que las liberará.

Recurrir a diferentes voces es una estrategia interesante, porque cada enunciador aporta una impronta que actualiza matrices conocidas: la poesía gauchesca, los relatos de viajeros del siglo XIX, la epístola y la crónica coloniales, para nombrar los géneros que se entrecruzan en sus dos últimas novelas. En ellas, ese recurso de la verosimilitud, además, conecta su escritura con aquellas que registraron el tránsito de ida y vuelta de la biculturalidad durante la gesta del Estado-nación argentino y la Colonia, respectivamente. Sin embargo, a diferencia de esas otras narrativas, en estas, el encuentro con el indígena problematiza los avances civilizatorios. Así, la visión de personajes como José Hernández o la del capitán Ignacio que conciben la tierra como el espacio que se debe desocupar para preparar el avance de la civilización—expresada como el anhelo del desarrollo agrícola industrializado o la búsqueda de oro, respectivamente—contrasta con la que narra el descubrimiento de la naturaleza nativa como un orden superior.

Esto se entiende mejor cuando se lee estas dos novelas como un díptico. En la primera, la Conquista del Desierto—la gran empresa roquista que consolidó el territorio argentino desconociendo el derecho de los indígenas a su territorio—es solo un recuerdo que aflora como la imagen de las osamentas de todos sus muertos tras la lluvia, porque el conflicto entre civilización y barbarie figurado por Cabezón se distancia de la idea sarmientina. En cambio, lo usa como una matriz en la que se invierten los valores decimonónicos en su proceso de resignificación del conflicto a partir de una nueva mirada sobre el indígena y su mundo. Dentro de esta versión, la consolidación del Estado nación en el siglo XIX y la Colonia son conmensurables en tanto empresas que se fundan sobre la base del aniquilamiento, una idea que ya se encontraba en Muerte y transfiguración del Martín Fierro (1948) de Ezequiel Martínez Estrada. En consecuencia, la industrialización agrícola y pastoril así como la búsqueda del oro resuenan en el imaginario contemporáneo de otra forma: recuerdan la manera cómo, actualmente, la expansión de, por ejemplo, el monocultivo de la soja y las actividades extractivas están reconfigurando el paisaje interior del país, un asunto que es central en el activismo de la autora. Al final de *Las niñas del naranjel*, un incendio provocado ha empezado a replegar el territorio selvático misionero.

En este corpus, la jungla no devora ni a la China ni a Antonio como la vorágine de la novela regionalista. De hecho, el animismo indígena la convierte en un espacio sagrado. Por eso, es muy significativo que el primer contacto de Antonio con los indios ocurra cuando escucha a los niños cantar el milagro de la Virgen y que, al final de su vida, lo último que vea sea un yaguaraté—palabra guaraní con la que se nombra al jaguar—, un animal sagrado en la literatura borgeana. Aunque nadie ha escrito que la obra de Cabezón sea borgeana, creo que su manera de leer la tradición lo es en el sentido que Beatriz Sarlo apuntaba que, para Borges, la originalidad era una cualidad de la lectura. En efecto, sus libros no son parábolas, porque Cabezón Cámara es una autora/lectora sofisticada. Su aproximación a las peculiaridades de la crisis medioambiental en su país como un nuevo acto que repite las conquistas fundacionales de la Argentina es inesperada y la convierte en una de las voces más originales en la narrativa contemporánea del Cono Sur.

